

Estampas

Los fariseos del nacionalismo

= Colaboración directa =

Al ciudadano incrédulo es imposible inclinarlo a ver en las actitudes defensivas de los intereses nacionales, asumidas por quienes unas veces claman contra su entrega y otras se la procuran, hechos de ejemplaridad recomendable. Para ese ciudadano, que en todo país es la minoría que se opone a la «compacta mayoría» señalada por el drama ibseniano, las cosas de la patria no están desarmonizadas, tienen su unidad de la cual derivan majestad y permanencia. La actitud varia en el trato de esos intereses es ridícula y pareciera inspirada en un afán teatral.

En *Las Ranas* de Aristófanes, el personaje que abre la representación lo hace preguntando: «¿Amo, comenzaré con los chistes corrientes de que siempre se ríen los espectadores?» Lo mismo podrían decir, sobre el escenario en que se paran, los defensores ocasionales de los intereses de una nación. Su intento no está determinado por la aspiración de formar una patria decorosa. Quieren producir estridencias, despertar una popularidad aprovechable, no morir en la conciencia pública. Saben que los pueblos ríen con la comicidad, ya sea ésta la gracejada o el gesto prosopopéyico. Tienen tales defensores ocasionales su amo, que es su propia miseria. Y éste a su vez tiene otro mayor, que es el poder que quiere en un país dominio y expansión. No son espíritus en quienes viva la patria como una realidad austera, sino como una ficción de gran comicidad. Hoy el cálculo, la palabra de mando del amo, les infunde un satanismo que parece vehemencia, pero mañana cuando haya que dar al amo tierras, aguas, rutas aéreas, finanzas, dominio total sobre el país, el mismo satanismo les supura y se esparce. No son espíritus con quienes podría contarse para dar una batalla que librara definitivamente a una patria de todas las acechanzas interiores y externas. Ellos no quieren la exterminación de los sistemas que hacen inestable la independencia. Si persiguieran locura semejante estarían contrariando su naturaleza, que es precisamente fecunda en la invención de sistemas de entrega. Si adoptan actitudes defensivas de los intereses nacionales es sin el ánimo de que se vuelva a ellos la mirada siempre que esos intereses vayan a perecer. Más bien quieren establecer contrastes, probar al amo que si sirven para darle dominio, también sirven para negárselo. Y el amo astuto ve en el contraste la amenaza, no desprecia la demostración de habilidades, las contrata para sustento de sus designios.

¿Qué fe puede traer al ciudadano que observa el debilitamiento de la capacidad de defensa de los intereses nacionales la actitud ocasional asumida por ciertos hombres? Ayer condenaban los males producidos a la nación por los procedimientos de compañías y organizaciones a cuyo servicio están hoy. Pro-

dujeron el contraste y el amo percibió la advertencia que en él había. Ese amo no es diferente de este otro que quiere venir a coger campo en el dominio de los recursos económicos de la nación. Están ambos influidos de idénticos designios, vienen del mismo suelo, aspiran a la misma preeminencia. Es más, en el fondo tienen su contacto común. Pero el defensor ocasional quiere la estridencia sobre el escenario en que actúa y pregunta al amo, como el personaje de la comedia aristofanesca si la representación la abrirá con los chistes que hacen reír. ¿Quién, que no sea un bobo, podrá sentir respeto por esa especie de vehemencia con que se combate la institución extranjera que en nada se diferencia de la otra que los defensores mantienen, avivan, nutren, azuzan contra los intereses vitales de la patria? ¿Quién no los recuerda clamando contra las compañías que ahora sirven, hermanas en designios con las que hoy combaten? Dijeron las cosas más alarmantes, parecían limpios de pensamiento cuando se enfrentaban a la monstruosidad que se le metió al país por la imprevisión y la tolerancia. Concibieron la soberanía de la nación como algo que no podía sufrir el contacto con esas fuerzas corrosivas destiladas por la monstruosidad condenada. Vislumbraron una patria sin ataduras, capaz de darse sus rumbos, fuerte en el ejercicio de sus derechos. Pintaron el despeñadero de la colonia, de la factoría, a que las compañías como la que ahora sirven y amparan, llevan a los países en donde sus hombres no se aúnan para condenarlas. Se llenaron del santo patriotismo para defender a la santa patria. No dejaron grieta sin cerrar para que no asomara ni una uña del monstruo.

Todo eso hicieron entonces y todo eso pretenden hacer cuando un poder gemelo del que pretendieron fulminar, asoma deseoso de compartir los beneficios de la

hermandad. ¿Quién va a sentir respeto por esas actitudes? ¡Con cuánta facilidad dan la vehemencia a éste o aquél amo! No quieren para la patria esa vehemencia, sino para el amo. Lo está diciendo la conformidad con que vistieron la ilustrísima toga de defensores del poder extranjero que escarnecieron, que patearon, que quisieron ver muerto y exterminado de los linderos de la patria. Los mismos vicios tiene el nuevo poder que aparece con el ánimo de expansionarse simplemente sobre nuestros organismos bancarios. En cuanto a voracidad, en cuanto a rapacidad son idénticos. Y sin embargo, el defensor ocasional se sofoca y quiere hacer comprender que la soberanía está amenazada y que el país va a perecer si permite el afincamiento del nuevo poder extranjero.

¿Qué hay en el fondo de la comedia? Anhelo de producir contrastes, afán de no sentirse muerto. Saben que ese y cualquier otro poder extranjero que quiera dominio económico y político, contará en el momento que lo necesite con la vehemencia y los dicterios de esos defensores ocasionales de los intereses de un país. Primero exploran el campo, buscan los sitios sensibles al escalamiento, para volver más tarde a imponerse. Contarán con el defensor ocasional, lo apaciguarán, le dispensarán los honores, le darán honorarios, le procurarán comodidades, y si hay que darle poder, se lo dan. De sobra saben las organizaciones extranjeras que se expansionan por estos países que el criollo es tornadizo y no puede vivir sin los halagos de un amo. Se constituyen en amos y dominan al criollo.

No confiemos en los hombres de gestos. Mejor es buscar hombres que se definan por su capacidad para no sucumbir a los halagos que imponen traiciones, claudicaciones, escarnio de la vida. Mejor que ir tras los hombres que tienen de la patria un concepto austero y la exponen a la comicidad vergonzosa.

Juan del Camino

Cartago y octubre del 30.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente